

## MAILLARD EN EL NIEMEYER

# El tejido lírico del pensamiento

## La poesía de Chantal Maillard

**Chantal Maillard & Javier Corcobado**

Entre versos y acordes

Centro Niemeyer. Sala Club

14 de diciembre, 20.30 h

ANDRÉS CATALÁN

Que el ejercicio de la inteligencia y la experiencia poética son compatibles es algo que, demasiado a menudo, parece olvidársenos. Afortunadamente, a veces vienen a recordárnoslo poetas como Chantal Maillard (Bruselas, 1951), cuyos textos se construyen precisamente en ese punto de contacto entre el pensamiento y la lírica, entre la razón y el cuestionamiento de esa misma razón. No sólo se puede pensar mientras se escribe poesía, sino que es necesario hacerlo, viene a decirnos esta poeta nacida en Bélgica, pero residente en España desde los doce años. Doctora en filosofía pura, profesora de estética y teoría de las artes en la Universidad de Málaga, residió durante una larga temporada en la ciudad india de Benarés, donde se especializó en religión hindú y pensamiento oriental. Tanto la filosofía como los elementos de la tradición india alimentan las inquietudes y la formulación de sus textos poéticos. Pese a que éstos tienen una gran carga de reflexión metapoética y filosófica, no abundan en ellos los conceptos abstractos ni constituyen ninguna suerte de pensamientos desligados de una experiencia real concreta, carentes de lirismo o emoción. La verdad de la poesía es para Chantal Maillard «más directa que aquella que pasa por el puente de las abstracciones. La abstracción es, en realidad, un rodeo innecesario mediante el que se pretende verificar el ser de las cosas» (*Contra el arte*, Pre-Textos, 2009).

Además de diarios, cuadernos autobiográficos (que se relacionan íntimamente con su obra poética) y numerosos ensayos (*Lo divino en María*

*Zambrano, El crimen perfecto: aproximación a la estética india* o *Contra el arte y otras imposturas*, por citar algunos), es autora de dos poemarios fundamentales, *Matar a Platón* (Tusquets, 2004) e *Hilos* (Tusquets, 2007). Su camino poético se inicia sin embargo con la publicación de *Hainuwele* (Ayuntamiento de Córdoba, 1990), reeditado junto con una selección de poemas procedentes de sus primeros libros en *Hainuwele y otros poemas* (Tusquets, 2009). Ya en este primer libro están presentes dos rasgos de la poesía de la autora: la concepción de poemario no como conjunto de poemas sueltos, sino como discurso unitario, y la presencia protagonista de la que será su obsesión más recurrente, la muerte. Marca de la autora es también el distanciamiento — intelectual, no emocional — del yo poético, que en este caso se logra mediante la invención de un yo ficticio, Hainuwele, figura de un mito indonesio, enamorada del Señor del Bosque, a quien busca y a quien se ofrece. Una reflexión sobre el observador y el observado («Hoy he mirado a un hombre y él / no pudo desprenderse de mis ojos»), sobre el amor y la muerte, sobre el sacrificio y la entrega («He de perder las manos / para que me acaricies»), sobre la fragilidad del cuerpo y sobre nuestras relaciones con lo animal. También caben en él reflexiones metapoéticas, en torno, por ejemplo, al silencio y la palabra («Hay una libertad primera: / la de estar callado»).

Pero será con *Matar a Platón*, premiado con el Nacional de Poesía, con el que alcance la madurez poética. En él las cuestiones metalingüísticas se sitúan en el centro de los poemas, desplazando a todo lo demás. La anécdota vertebradora es simple: un camión atropella a un hombre. Una vez más, la muerte. Pero ahora el acercamiento al acontecimiento es a través de una articulación heterogénea, múltiple y fragmentada de las perspectivas, a través de una mezcla de narración, meditación,

**Uno.**

Porque hay más.  
Más están fuera.  
Fuera de la habitación.  
Fuera de las demás habitaciones.  
Fuera de la casa.  
La casa es demasiado grande.  
Se extienden cuando duermo.  
Porque también hay muchas.  
Últimamente están deterioradas.  
Húmedas. Ciegas.  
Depende de los días.  
Depende de las nubes.  
También de las imágenes.  
Sobre todo, depende de los hilos.

Partir es dar pasos fuera.  
Fuera de la habitación.  
De la mente, no:  
No hay. Hay hilo.  
Partir es dar pasos fuera de la habitación con el hilo.  
El mismo hilo.

A veces se rompe el hilo. Porque es endeble, o porque la otra habitación está oscura. Sin querer, tiramos de él y se rompe. Entonces queda el silencio.

Pero no hay silencio.  
No mientras se dice.  
No lo hay. Hay hilo, otro hilo.  
La palabra silencio dentro.  
Dentro de uno — ¿uno?

(De *Hilos*, 2007)

**Anduve por el dorso de tu mano, [confiada,**

como quien anda en las colinas seguro de que el viento existe, de que la tierra es firme, de la repetición eterna de las cosas. Mas de repente tembló el universo: llevaste la mano a tus labios y bostezando abriste la noche como una gruta cálida.

Llevabas diez mil siglos despertando y el fuego ardía impaciente en tu boca.

(De *Hainuwele*, 1990)

**El cansancio. De nuevo, el cansancio.** El esfuerzo por sobrevivir. Reiterado

Observar las nubes.  
Dentro.  
Barrer.  
Dentro.

Elegir quedar.

Toda nube lleva una trayectoria. Asumir la trayectoria. Imposible barrer todo siempre. Está el cansancio.

## LA ÍTACA DE CHANTAL MAILLARD

Chantal Maillard

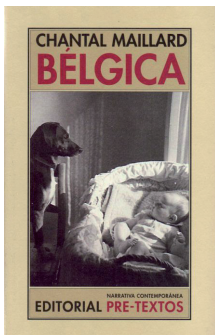
*Bélgica. Cuadernos de la memoria*  
Pre-Textos, 2011, 340 pp., 16,90€

JOSÉ ÁNGEL BARRUECO

«Hay viajes que pueden contarse y otros que no.» Así comienza el recorrido de Chantal Maillard por los paisajes y los recuerdos de su infancia, asociados al país donde nació. Un recorrido emotivo, bellísimo, que viaja a lomos de una

prosa que evidencia el talento de la autora como poeta. Porque estamos ante unos *Cuadernos de la memoria* (tal es el subtítulo del volumen) y, por tanto, es un itinerario narrativo, pero siempre matizado con el toque lírico.

A veces se habla de «libros luminosos», libros lúcidos y refrescantes que nos alumbran el camino, libros cuyas páginas se abren como flores repletas de luz. Gracias a su lectura, «vemos» mejor. Y eso es *Bélgica*, eso supone esta travesía por la



memoria de Maillard: un libro luminoso. El lugar al que volver, el sitio de donde parte todo: «Mi Ítaca es, o ha sido, Bélgica», apunta en uno de los pasajes.

Mediante una prosa fragmentada, y con intervalos entre cada viaje, y con pequeñas (casi diminutas: se necesita una lupa para apreciarlas) fotografías de su infancia, del presente y de los lugares que habitó (fotografías que a menudo se incluyen en los márgenes), y con un álbum de imágenes en color, en sepia y en blanco [👉]

## MAILLARD EN EL NIEMEYER

Aunque también el de  
las trayectorias. De ver pasar las nubes.  
También ese cansancio.

Entonces,  
por un momento, ahora.  
Sin voluntad. Y casi está bien.  
Hasta pensar el estar bien y convertirlo  
en nube. En trayectoria.

(De *Hilos*, 2007)

### Iniciación

Estoy creciendo de la nada.  
Mis ojos tantean  
la claridad difusa  
mis manos  
se posan y tantean  
abro agujeros  
mi cuerpo agujeros  
en el cielo agujeros  
tanteo las estrellas  
agujeros que llueven  
y es dolor  
y el dolor penetra  
mi cuerpo tantea  
el dolor tal vez  
el gozo  
indaga  
descubre el mí  
mi boca dice  
vuelvo sobre mí  
misma y tanteo  
ies tanta la ceguera!  
cierro los ojos  
lo cierro todo  
y de repente me abro  
veo  
veo lo que no hay  
veo  
estoy creciendo de la nada.  
(De *Lógica borrosa*, 2002)

### Intermedio

Entre una imagen tuya  
y otra imagen de ti  
el mundo queda detenido.  
En suspenso. Y mi vida  
es ese pájaro pegado al cable  
de alta tensión,  
después de la descarga.

(De *Lógica borrosa*, 2002)

### La otra orilla

Algún día, cuando el aire pese como tierra  
[sieda sobre los cuerpos desnudos,  
tal vez alcance a ser la voz de aquel peregrino  
[que enmudeció o el agua que,  
gota a gota, resbala por su pecho. Él nunca  
estuvo en la otra orilla pues sabe  
que allí los dioses duermen en el polvo. Y sabe  
[que cuando un hombre por azar  
se duerme en la otra orilla —ese lugar que  
[siempre ocupó la mirada—  
ellos se despiertan y se contemplan en él. Si ese  
[hombre, entonces, se despierta,  
se convierte en espejo y estalla con el sol.

(De *La otra orilla*, 1990)



### Chantal Maillard

descripción y lirismo que intentan abordar cada uno a su manera la tragedia real. Junto a ello, hay un distanciamiento y un cuestionamiento ante el propio lenguaje que se plasma en todos los poemas del libro («¿Es poesía el verso que describe / fríamente aquello que acontece? / Pero ¿qué es lo que acontece?»). La conciencia de que el lenguaje es una construcción ficcional y la desconfianza ante el mismo darán un paso más aún en su último poemario, *Hilos*. Escrito tras la muerte de su hijo, es un intento de encontrar un refugio, ante el dolor y la muerte, en la poesía. A la vez, sin embargo, este refugio, la necesidad de este refugio, se analiza, se disecciona, se interroga. El tono es seco, duro, las frases brevísimas. Hay en él una inseguridad ante el acto de decir que se plasma

**La verdad de la poesía es para Chantal Maillard «más directa que aquella que pasa por el puente de las abstracciones. La abstracción es, en realidad, un rodeo innecesario mediante el que se pretende verificar el ser de las cosas»**

al contrario que en *Matar a Platón*, la explicitud del acontecimiento. Reconocemos el dolor, la angustia, pero no sabemos qué ha sucedido. El acontecimiento, así, desaparece en la reflexión. Distanciándose de sí misma y de su tristeza, distanciándose del hecho real para concentrarse en los mecanismos de procesamiento de esa realidad, la autora encuentra un cierto consuelo («la pena observada es menos pena»). El consuelo del conocimiento, de ese conocimiento que sólo se logra tras hacer y deshacer mil veces el tejido lírico del pensamiento. ■

[☞] y negro, Chantal Maillard nos ofrece un vistazo por algunos rincones de su biografía, entreverada de hallazgos y de reencuentros. El sexto viaje, titulado «Las casas», nos trae a la memoria esas páginas de Paul Auster en su *Diario de invierno* en las que traza el mapa de la memoria a través de los pisos que alquiló o compró hasta el momento actual. Es uno de los capítulos con los que, sin duda, más disfrutará el lector.

Ya en la contraportada del volumen se incluye una especie de aviso: «*Bélgica* no es una autobiografía, tampoco es un libro de viajes». En efecto, ese carácter misceláneo, híbrido entre los géneros,

supone un gozo para quienes preferimos leer libros que escapan a las etiquetas y a las clasificaciones.

En *Bélgica* conviven el diario, la autobiografía, la prosa poética, la narrativa, el pasaje visual... Y no falta, para nuestro gozo, el ensayo, como demuestran los textos incluidos en los apéndices: reflexiones sobre Marcel Proust y Georges Perec, el tiempo y la pintura, etcétera, que acaban siendo tan sabrosas como la búsqueda de los años de juventud de la autora.

Hay algo tan cercano en estas páginas que parece que Chantal Maillard nos narra desde la intimidad de una salita, como si estuviéramos tomando el té junto a

ella y no hubiera otro ruido que el de su voz y el canto de un pájaro, allá fuera.

Conviene despedirse con un párrafo del libro: «En el camino de vuelta, desde el tren, contemplo ventanas cuyos visillos nunca descorrí, fachadas cuya solidez nunca me amparó, umbrales que nunca cruzaré. Imagino vidas que me son ajenas, recorro sendas que no me pertenecen y hago recuento de las pérdidas. Soy uno de esos personajes de hierro, viviendo en mi carcasa; mi corazón es el eco de lo que pasa fuera, su latido se expande en mí sin que nadie repare en ello, sin que nadie lo sepa. Ciega, pero sonora». ■